

EL COMERCIO.

Año XXXIV.

Miércoles 23 de Febrero de 1876.

Núm. 11,712.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de fuera de Cádiz cuyo abono termina el último del corriente mes y quiera continuar siéndolo, se servirán renovarle oportunamente para no sufrir retraso en el recibo del periódico.

CADIZ 23 DE FEBRERO.

Por *Boletín oficial extraordinario* se publicó ayer el siguiente importante telegrama:

GOBIERNO DE LA PROVINCIA.

En la madrugada de hoy he recibido el siguiente telegrama: su contenido asegura ya la paz de España y su unidad política por el completo triunfo de la libertad y la justicia:

«Ministro Gobernación á gobernadores provincias.—Tolosa por Alfonso XII. —Ayer á las dos y media de la tarde, y después de tomados los fuertes de San Marcos y Santiago Mendi, hizo el Rey su entrada triunfal en este último asilo á donde se habían refugiado las veintidós huestes del carlismo.

«Viva el Rey! Viva la nación! Viva el ejército!»

Cádiz 22 de Febrero de 1876.—El gobernador, *Santiago L. Dupuy*

Infírese de lo que aquí se dice que los carlistas, desalentados ya con sus últimas derrotas, no han opuesto gran resistencia en Guipúzcoa á nuestras victoriosas tropas. Los fuertes de San Marcos y Santiago Mendi bien defendidos, habrían podido detener algunos días al ejército en su movimiento de avance; pero una vez tomados, Tolosa, pueblo abierto, era indefendible, como era indefendible Estella después de la ocupación de Montejurra.

Se explica, pues, por la fácil conquista de dichos fuertes, la entrada triunfal de nuestro joven Rey en Tolosa.

Basta examinar ligeramente el plano del teatro de la guerra para comprender hasta qué punto es desesperada la situación de los carlistas. Arrojadlos de Alava y Vizcaya, pierden ahora á Guipúzcoa, y quedan, por tanto, en poder del ejército legal las tres provincias Vascongadas. En Navarra carecían de toda la parte de la ribera hasta la línea del Arga; han perdido después á Estella y todo el valle de la Solana; han perdido también el del Baztan y la frontera: los puertos de la costa les están igualmente cerrados. ¿Qué les queda pues para sostenerse y prolongar la guerra? No les queda más que el valle de la Borunda y el territorio montañoso de las Amezcua, donde les sería imposible, faltos de recursos y de comunicaciones, mantener la organización militar que habían conservado hasta ahora.

La guerra, pues, está de hecho terminada. Bien podemos felicitarnos y felicitar al país por este gran acontecimiento. Bien podemos saludar con orgullo y con entusiasmo la aurora del día deseado de la paz. Y no de la paz tal como vino en pos de la guerra civil de los siete años, sino como viene ahora, sin convenios, sin transacciones, sin concesión alguna que limite en lo más mínimo el derecho de la victoria. El valiente ejército que acandilla nuestro Rey y los instres generales que le mandan han merecido bien de la patria.

Pero permitásenos reivindicar aquí una parte de gloria en favor de los que durante el período revolucionario nos tuvimos siempre la bandera salvadora de la restauración monárquica, como única garantía de triunfo contra las en-

tonces formidables huestes del carlismo. Lo que daba fuerza al carlismo en España era la insensatez de nuestros partidos revolucionarios que lo habían hecho representante del principio monárquico, tan arraigado en los sentimientos, en los hábitos, en las costumbres de nuestro pueblo. El día en que frente al partido carlista pudo levantarse la bandera de la monarquía legítima, de la monarquía tradicional española, que simbolizaba y simboliza Alfonso XII, el carlismo empezó á decaer y decayendo viene desde entonces hasta el punto de haberlo perdido todo en una corta y gloriosísima campaña.

Piácesenos mil también á los iniciadores, al iniciador, pudiéramos decir con verdad, de esta política sensatamente conciliadora, que ha permitido reunir y agrupar todas las fuerzas del país para consagrarlas á la gran empresa de concluir la guerra civil, sin despertar odios ni rivalidades entre los partidos militantes, sin provocar las resistencias de ninguno, sin comprometer la suerte de la monarquía en los azares de las luchas apasionadas de unos contra otros, manteniendo inalterable la paz en todas las provincias donde no había carlistas armados, preparando así los elementos que habían de proporcionarnos, como nos han proporcionado al fin, un triunfo completo y definitivo.

No nos ha engañado esta vez, como no nos ha engañado tantas otras, nuestro instinto político. Allí están los hechos, á la vista de todo el mundo. Que nuestros amigos y nuestros adversarios juzguen sino tenemos razón para perseverar en la conducta que, sin vacilaciones de ningún género, hemos seguido—en nuestro constante deseo de llegar al gran día de la paz y de la verdadera libertad—enfrente primero de los poderes revolucionarios y al lado después de los primeros gobiernos de la monarquía.

A los periódicos de noticias dicen sus corresponsales por medio del telégrafo, que en Barcelona, al saberse los últimos triunfos del ejército, teatros, bailes, cafés y paseos se animaron instantáneamente y de una manera inusitada, entregándose todo el mundo á los mayores trasportes de alegría. La entrega de Estella, en Cartagena ha sido de mismo modo recibida con alegría indescriptible. Las músicas recorrieron las calles de la ciudad, hubo repique general de campanas, y espontáneamente se iluminaron las casas particulares.

De Oviedo, Murcia, Málaga, Valladolid, Zaragoza, Valencia, Salamanca, Cáceres, Badajoz, Granada, Soria, Zamora, de todas las provincias, en fin, se reciben idénticas noticias, y un parte de Tafalla, que también publica *La Correspondencia*, añade que la población y el ejército se entregaban allí á las mismas manifestaciones del júbilo que hoy domina á toda España. En algunas poblaciones, como en Lugo, además de las iluminaciones, de los repiques de campanas, de las músicas por las calles y de los cantos populares, ha habido salvas, fuegos artificiales y otra porción de divertimientos.

En Madrid ha sido igual la alegría. El Sábado en la noche estuvieron iluminadas casi todas las casas y todos los edificios públicos, y el Domingo apareció la población cubierta de espléndidas y vistosas colgaduras.

Reproducimos con mucho gusto la siguiente proposición que aprobó el Congreso por unanimidad en la sesión del día 19:

«Los diputados que suscriben piden al Congreso que se sirva acordar se transmita por telégrafo á S. M. el Rey, la expresión del júbilo profundo con que el Congreso de los diputados ha recibido la fausta nueva de los recientes triunfos, pronóstico seguro de inmediata y segura paz, así como las sinceras y respetuosas felicitaciones de esta Cámara por los laureles con que acaba de ceñir sus sienas S. M. el Rey, caudillo y representante de nuestro valiente ejército.»

Conde de Xiqueña.—José de Reyes y Frías.—El marqués de Francos.—Miguel Quiroga.—Gabriel Fernández de Cadoriuga.—Vicente Robledo Chieca.—Fernando de Gabriel.»

De Roma escriben á *La Epoca* con fecha 14 del corriente:

«El nuevo embajador de España, señor Cárdenas, llegado aquí hace ocho días, después de una travesía penosísima en la que el vapor *Leon*, que lo conducía, tuvo que arribar á islas inmediatas á las costas de Italia y permanecer allí dos días, ha sido recibido hoy por Su Santidad. Le acompañaban los señores vizconde de Oña, Bagner y Gfelli, secretarios de la embajada, el Sr. Rivas, agregado diplomático, que ha llegado con el embajador, y los dos gentileshombres del palacio. Estas recepciones, en los tiempos del poder temporal del Santo Padre, eran verdaderamente magníficas. Se iba al Vaticano en coches de gran gala, escoltados por dragones pontificios, y después de la audiencia de Su Santidad y de orar en San Pedro, el embajador, de vuelta en su casa, recibía en el Palacio de España á cuanto de notable había en Roma.

Ahora todo aparato brillante está suprimido por deseo de Su Santidad, y la embajada española, como las demás existentes en Roma, ha ido en coches particulares, sencillos, pero sin lujo y sin escolta al Vaticano. Ya en el interior, la Guardia suiza, palatina y noble hizo al embajador los honores de su rango, y después de esperar corto tiempo en el salón del trono, donde quedaron los secretarios y agregados, el Sr. Cárdenas entró en la biblioteca, habitación escogida por Su Santidad y que es muy bella. Besó su mano, y no permitiendo Pío IX que lo hiciera en su pie, sentó á su lado al Sr. Cárdenas, con quien tuvo media hora de conversacion muy afectuosa.

Parece que en ella el Santo Padre empezó felicitándose de la elección tan acertada que había hecho el gobierno de nuestro Rey, por cuya salud, hábitos y costumbres preguntó con marcadísimo interés el jefe de la Iglesia, estendiendo sus cariñosas frases á toda nuestra familia real, y muy especialmente á la princesa de Asturias, á cuyo lado ha estado tanto tiempo nuestro embajador. Después habló, con su cariño paternal de siempre, de nuestra España, por cuya pronta pacificación, que Su Santidad considera próxima, hizo votos tan sinceros como ardientes.

En el curso de esta conversacion, tan íntima como cordial, tengo entendido, por lo que he escuchado en los círculos pontificios de Roma, que Pío IX habló con grande elevación y respondiéndole á las sensatas observaciones del embajador de España, de la necesidad que había de fortificar en nuestro país la fé religiosa para que nuestra sociedad recobrase su perdido asiento, y de las duras batallas que el principio católico sufre en algunas naciones de Europa. Es realmente un mal á los ojos de todo hombre pensador ese divorcio que quiere establecerse entre la Iglesia y el Estado, que en esta contienda se debilitan mutuamente, cuando tan necesaria sería su union sincera, para enfrenar las pasiones demagógicas y sostener el orden social.

Terminada esta larga, importante y satisfactoria conferencia, fueron introducidos á presencia de Su Santidad todos

los miembros de la embajada, á quienes, después de besar su mano, dió su bendición, enviándola al Rey á la familia real y á nuestra España.

De las estancias pontificias, el embajador pasó, según costumbre, á las del cardenal Antonelli, ministro de Estado. Aunque sin gozar de la salud admirable que con una inteligencia superior y tan notable en sus años disfruta Pío IX, el cardenal secretario de Estado está bastante mejorado de los fuertes ataques de que se hubiese hablado de último de Enero y que alarmaron un tanto la sociedad romana.

También fué aquí largo y satisfactorio el coloquio entre el cardenal y el embajador, y no me estrañaría que en él se hubiese hablado de la mejor manera de resolver las cuestiones religiosas que muy pronto tratarán las Cortes, de algunas otras consecuencias de la guerra civil y de los medios morales que coadyuvan poderosamente á la pronta terminacion de esta, suceso en el cual pone gran empeño el cardenal Antonelli.

Desde el Vaticano el embajador y su séquito pasaron á orar á los tres altares de San Pedro, el del Sacramento, el altar mayor y aquel otro que, bajo el magnífico baldaquino hecho con bronce del panteon de Agripa, contiene el altar donde está el sepulcro del principe de los apóstoles. Allí había preparados ricos cojines para los miembros de la embajada, los cuales, según es costumbre, besaron el pie de la magnífica estatua de San Pedro, regresando al Palacio de España.

En los magníficos salones de este, sino con la pompa de cuando Roma era corte de los Estados Pontificios, con el decoro debido, recibirá el embajador á los cardenales, miembros del cuerpo diplomático, príncipes y personajes distinguidos de la sociedad pontificia. Esta ha acogido muy bien al Sr. Cárdenas, que hoy come en casa de la marquesa de Javalquinto, después de haber estado invitado ya á las recepciones de los príncipes Altieri, Brandini y Drago, casado este último con la simpática hija de la reina Cristina.»

Correo de la Habana.

Ayer ha llegado á nuestro puerto el vapor-correo *Guipúzcoa* que nos ha traído nuestra correspondencia y periódicos de la Habana hasta el día 5 de este mes.

Insertamos un extracto de la revista que publica el *Diario de la Marina*, dando noticia de los sucesos relativos á la campaña contra el filibusterismo:

«Siguiendo el enemigo su inicuo plan de destrucción é incendio, ha procurado en los últimos diez días, alumbrar con las llamas de algunos cañaverales y fabricas de ingenios la bandera de la rebelion, pero cuando en las fincas encuentran los rebeldes la resistencia debida caros pagan sus vandálicos actos. —Al mediodía del 23 del pasado Enero, el cabecilla Pañcho Jimenez, al frente de unos 300 hombres montados, se presentó en el ingenio Zaza situado en la jurisdiccion de Remedios, y propiedad del Excmo. Sr. D. Julian de Zúñiga—y, después de dar fuego á varios cañaverales, atacó la finca por sus distintas guardarrayas.

Apenas se tuvo noticia de lo que ocurría, el primer escuadrón de Camajuani, apoyado por 150 infantes del segundo batallón de la Corona, cargó sobre el enemigo. El coronel Vergel, que se encontraba en Flor del Cayo acudió seguidamente con la seccion exploradora y 150 infantes del expresado cuerpo, y aunque los rebeldes se mostraron decididos y tenaces, emprendieron, por fin, su retirada hasta llegar al potrero Boyallas, haciéndose fuertes en este punto. Por segunda vez los bravos de Camajuani, apoyados por la guerrilla y escuadra de gastadores de la Corona, entraron á la carga, poniéndolos en completa dispersion y persiguiéndolos hasta la entrada del potrero Bacallao, en que, fraccionados, se hizo inútil aquél. El enemigo dejó sobre el campo 6 hombres y 4 caballos muertos, supliéndosele

